

de ellas muestra ó pone de manifiesto más especialmente una modalidad, una parte, un carácter de ese sueto; así, por ejemplo, la adivinanza, la ocurrencia y la pega son más útiles para mostrar el ingenio, que la saeta, ó la copla, ó el refran: sin que esto quiera decir que no haya, como hay en efecto, refranes y coplas que son verdaderos dechados de ingenio. Cada una de las producciones de la musa popular, y cada uno de los actos de la vida del pueblo, revelan más especialmente cada una de las que llamamos facultades y funciones anímicas. Así, la copla revela el sentimiento; el refrán, la razon; la ocurrencia, el ingenio, etc., en tanto que consideramos dichas creaciones como producto del espíritu popular; mas si luego, atendemos más bien al contenido de aquéllas, observamos que mientras en el juego y las fiestas se perpetúan, por ejemplo, las costumbres de civilizaciones pasadas, ciertas producciones sirven más para el estudio de la geografía, de la agricultura, de la botánica, de la aritmética popular, que otras. De este modo, el que desee conocer los productos y mercancías de un pueblo, en un período dado de su historia, estimará en más una buena coleccion de pregones que una de coplas; como el que desee conocer el saber agrícola de una comarca, acudirá primero á los refranes de agricultura, que andan en boca de los rústicos y campesinos, que al estudio de los epitafios y fórmulas religiosas populares, usados en los entierros y duelos de dicha localidad. Es, por tanto, lo primero que debe proponerse quien desee conocer sinceramente la mayor ó menor religiosidad de un país dado, por el estudio de las composiciones populares, á qué clase de estas producciones debe acudir para informarse de su asunto; porque si se decidiera á formar juicio por el estudio de una sola clase de estas composiciones, podria verse tan chasqueado, como el que pretendiera conocer el

precio de las mercancías de un país, por el estudio de sus Cancioneros. El que quiera conocer el carácter religioso de Andalucía, verbi-gracia, creo que hallará muchos más elementos para su objeto estudiando las fiestas populares religiosas que se celebran en los pueblos, bien en ocasiones tan señaladas como las de Navidad, Semana Santa, Córpus, dias de S. Juan, S. Pedro, la Candelaria, la Purísima, la Cruz de Mayo y patronos de los pueblos, que en un libro de coplas, por más que en éste pueda encontrar saetas y algunas de las canciones propias de dichas festividades. Tambien importa no olvidar que conviene distinguir entre lo que el hombre culto considera religioso, y el concepto general y ordinario que de religion tiene el pueblo, toda vez que, por tocar este ramo precisamente á la esfera de la creencia, se liga estrechamente con el de las *supersticiones*, y que muchas veces, casi siempre, hallamos en los cultos profesados en un país como verdaderos, los elementos de otros cultos y de otras religiones que tambien en otro tiempo se tuvieron por verdaderos y hoy se tienen por falsos. Por lo demás, si el concepto religioso es algo que expresa la relacion más íntima del hombre con la divinidad, y esta relacion se manifiesta en razon directa de su impotencia espiritual, es claro que debemos buscarla en el umbral de la vida, y en el último peldaño de ella, que es cuando, al parecer, la debilidad del hombre necesita más de este consuelo; por eso, quien quiera sumar las coplas religiosas no sólo de esta obra, sino de cualquiera otra coleccion, debe echar una ojeada por toda ella, ántes de asegurar cuál es el sentido religioso del pueblo que por ella estudia. En las coplas de cuna encontramos, entre otras, la siguiente:

En la puerta del cielo
Venden zapatos

Para los angelitos
Que están descalzos.

En las rimas infantiles:

Anda, niño, anda,
Que Dios te lo manda.

¿Podrá negarse á estas coplas un carácter profundamente religioso? ¿No lo son, por ventura, en mayor grado que las mismas *saetas* con que el pueblo procura representar nuevamente ante su fantasía los hechos de la pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo? ¿No es religiosa la magnífica del marinero que, en los supremos momentos de peligro, ó mejor dicho, despues de vencidos, dice, recordándolos

El que no sepa rezar
Que vaya por esos mares,
Y verá qué pronto aprende
Sin enseñárselo nadie?

¿No lo es también, y de primer orden, la del hijo que, junto al lecho de su madre moribunda, á la que van á administrar el último Sacramento, canta, ó mejor dicho, reza:

¡Jincarse e roíyas
Que yá viene Dios:
Ba á resibirlo - la mare e mi arma,
E mi corason!

Vese, pues, la necesidad, que anteriormente indicábamos, de estudiar cada colección toda ella bajo un solo aspecto, si han de ser completamente fructuosas nuestras investigaciones. Y cuenta que con lo dicho no pretendo envolver la más leve censura para mi compañero por no haber incluido estas coplas entre las religiosas y sí entre las de cuna, rimas infantiles, marineros y penas filiales; quiero únicamente hacer patente la necesidad de estudiar todas

las producciones populares bajo cada uno de sus múltiples aspectos, antes de lanzarse á emitir fallos aventurados y á decidir si el pueblo, de que son hijas, tiene ó deja de tener tales ó cuales ideas, lo cual requiere una serie de investigaciones por todo extremo prolijas.

III

Volviendo ahora al método de clasificación de nuestro amigo, que consideramos, como hemos dicho, no sólo aceptable sino bueno, porque descansa sobre un criterio conocido, el de considerar al pueblo como un individuo mayor, vamos á echar una ligera ojeada á los otros términos de la clasificación que acaso pudieran aparecer á algunos como ménos aceptables, por no descansar en aquella base. El Sr. Marin que, comenzando por las coplas de cuna, presenta luego en los tomos segundo y tercero y principios del cuarto el proceso amoroso de Juan del Pueblo, que termina en el matrimonio y en las coplas llamadas penas filiales, establece despues una serie de secciones de coplas que parecen desdeñarse un poco del plan adoptado; pero que hacen, agrupadas, del tomo cuarto, excepción hecha del primero, el tomo más interesante de la obra. Cada uno de los grupos aludidos es de un gran interés para los que buscan en las coplas populares, más que modelos de inimitable belleza, un medio seguro de conocer las costumbres, el carácter y el modo de ser del pueblo que les da vida. Conociéndolo así, mitógrafos eminentes de otros países, literatos muy eruditos del nuestro, han admitido varias ó algunas de estas subdivisiones, haciendo motivo de muy serias investigaciones las coplas de *presos* y las geográficas ó *locales*. Son, en efecto, las prime-

ras, como las de *marineros* y *mineros*, sumamente interesantes para enseñar á los que vivimos en tierra firme y gozando del mayor de los goces, que es el de la libertad, la necesaria y fatal influencia que ejercen sobre el carácter y los sentimientos el vivir secuestrado entre cuatro muros que les separan del resto de sus hermanos ó continuamente expuestos á los grandiosos peligros que ofrecen la vida marinera y el pasar los mejores años de su existencia privados de la luz del sol, tan necesaria hasta para las mismas plantas que sobre la tierra crecen: género de vida singular y tristísimo que recuerdan tan perfectamente estas coplas:

Con qué pena vivirá
La mujer del marinero,
Que al pié del palo mayor
Tiene pagado su entierro;

y la ternísima, que dice:

Pobrecito e los mineros,
Lástima les tengo yo,
Que se meten en las minas
Y mueren sin confesion;

y la muy popular del preso:

La libertá y la salú
Son prendas de gran balía;
Ninguno la reconoce
Hasta que las bé perdías;

de cuya profundidad raramente podemos darnos cuenta los que libres y sanos y disfrutando de los goces que nos proporciona el metal que la tierra atesora en sus entrañas, no hemos visto las minas más que por la boca, ni la cárcel más que por de fuera, ni los horrores de un naufragio más que en los cuadros que engalanan nuestros museos.

La vida de la cárcel, la de las minas y la del marino, no sólo ejercen una influencia sobre los que se encuentran sometidos á ella, sino que encierran secretos y misterios y conocimiento de fenómenos que son ricos raudales de inspiracion y de poesía: así lo comprueban la série de bellisimas leyendas y tradiciones de todos los pueblos, climas y países relativos á sílfides y sirenas, náyades y ondinas que pueblan los cielos de la mitología helénica, no ménos rica que esta mitología cristiana, transformacion de aquélla, llena de vírgenes y santos y arcángeles y querubines. El Sr. Marin, siguiendo las huellas de Pitriè, el ilustre recolector de las tradiciones, cantares, cuentos y fiestas del pueblo siciliano; de Apolo Lumini y de otros mitógrafos no ménos eminentes, dedica con razon una seccion de su Cancionero al estudio de las coplas de cárcel, por cuyas coplas puede colegirse un tanto el estado de nuestro sistema penitenciario y el de los establecimientos en que se corrigen y mejoran á los hombres que en España tienen la desgracia de delinquir. Las coplas de cárcel suministran una interesante página de estudio para el que desee conocer á fondo la historia de la cultura española. La seccion que trata de *soldados* es otra, no ménos curiosa, para conocer la vida del *cuartel*, donde tambien como en la cárcel y á bordo, se tejen algunos de los primorosos hilos de la que constituye nuestra pomposa historia nacional.

Lo dicho, y lo que la inteligencia del lector ha de suplir, basta seguramente para justificar los dos extremos que me proponia respecto á clasificacion, á saber: que mi compañero ha estado acertado en la adoptada, y que toda otra hubiera sido tambien buena á cumplir con el requisito que esta cumple, que es agrupar las coplas análogas, bien bajo el aspecto del sentimiento que las inspira, bien bajo el de la materia á que se refieren;

no olvidando, sin embargo, ni por un momento, la salvedad hecha, y también declarada por mi discreto amigo en su lindo *Prólogo*, de que una misma copla puede caer, y en efecto cae, bajo dos aspectos distintos; por más que para mí no ofrezca duda la clasificación de las cinco que inserta en dicho *Prólogo*, todas las cuales son, en mi sentir, *amorosas á carta cabal*, siquiera la primera encierre una *reminiscencia histórica*, la segunda una *alusión local*, y la quinta y última una graciosa alusión á Santa Rita, Santa deliciosa encargada de hacer patente que el pueblo español tiene, como el griego genios y dioscellos, santos y santas para todo, hasta para *los imposibles*.

IV

Dejando ahora, para no volver más á él, el estudio de la clasificación aceptada por mi amigo, que aplaudo sinceramente, y, por tratarse de un compañero, aún con más gusto y placer que los ilustres portugueses é italianos, que ya la han aplaudido merecidamente en sus más acreditadas revistas, quiero decir algo de lo que entiendo por copla y lo que debe entenderse respecto á las denominaciones que se dan á éstas con el aplauso y consentimiento de todos, y, aunque nada signifique, el mío el primero. Y aquí me atrevo á pedir un poco de atención á los lectores, porque temo, tal es mi torpeza, que á no prestarme mucha, y prestármela de muy buena voluntad, no he de acertar á explicar mi pensamiento, que les presento con tanta rectitud de propósito como desconfianza del acierto. Para ello quiero establecer antes como base que dentro de la división, utilísima para entendernos, que comunmente hacemos entre los distintos géneros literarios, la poesía

popular es, con relación á la erudita, *épica*, espontánea desinteresada y, por lo tanto, ménos reflexiva, ménos artificiosa y expuesta á ser influida por condiciones de edad, sexo, clima, etc. Un hombre del pueblo español al poetizar, poetiza, bien ó mal, según el modo y carácter español. Un poeta erudito, pudiendo con mayor facilidad sustraerse á las influencias del país en que vive, puede más fácilmente poetizar á la alemana, á la francesa, á la italiana; esto es: según el gusto de las naciones en cuyos libros lee y se inspira; condición que señala una diferencia estimabilísima para el aprecio de la poesía erudita y la popular.

Si la nota distintiva de lo épico es lo objetivo y el *quid* del poeta épico está en cierta especie de pasividad que, por decirlo así, lo convierte en espejo cuya misión no es otra que la de reflejar la imagen de los objetos que pasan por delante de él, es en mi sentir evidente que Juan del Pueblo debe ser un poeta predominantemente épico. Esto, no obstante, como este Juan del Pueblo no es en definitiva más que una serie de Juanes, Juanitos y Juanillos que nacen y mueren continuamente para dar lugar á otros Juanillos, Juanitos y Juanes, que así perecen y retoñan, como los brotes de los árboles, dentro de aquel gran Juan á quien yo, como mi querido amigo, tanto amo, y hay infinidad de Juanes que se mueven y agitan y lidian y pelean, confúndense y revuelven, distingúense y sepáranse, la poesía épica del pueblo, como todo, se distingue y *Juanifíca*, por decirlo así, engendrando lo que los filósofos llaman lo vario dentro de lo uno, lo que literariamente pudiéramos llamar lo lírico dentro de lo épico; pues aún cuando bien se me alcanza que considerando al *pueblo poeta* como un gran espejo, habré de considerar á cada individuo del pueblo como un espejillo que refleja sólo la parte de imagen ó imágenes que se le pongan por delante, es lo cierto que, en tanto que este espejillo refleja ya una

parte sola de la figura que copió en su centro, limita su campo de reflexion y *lírica*, permítaseme tambien esta palabra dentro del convencionalismo literario reinante, su poesía. La copla romanceada octosílaba por su brevedad y especial estructura, responde, en mi sentir, á esta condicion: el hombre del pueblo no refleja en la copla más que su propio sentimiento; la copla es, dentro siempre de límites convencionales, una poesía lírica dentro de lo épico; lo ménos lírico, si se quiere, dentro de lo lírico; lo ménos épico, si se quiere, dentro de lo épico. La copla, por lo que llamaria un filósofo su esencialidad, es afectiva siempre; sin que á esto obste que por un convencionalismo, aun más útil que el aceptado para la division de los géneros literarios, la llamemos *geográfica, local, sentenciosa, histórica, carcelaria*, etc. Lo que engendra siempre la copla es un sentimiento:

Sevilla para regalo,
Madrid para la nobleza,
Para tropa Barcelona,
Para jardines Valencia,

es para mí una copla tan completamente afectiva, aunque la calificaran de geográfica todos los Estrabones del mundo, como la que dice:

Te quiero más que á un divé,
Más que á mi pare y mi mare,
Y, si no fuera pecado,
Más que á la Virgen del Cármen.

Un afecto de amor, de ódio, de desden, de cariño, de ternura es el que produce siempre la copla:

Del pellejo del Rey moro
Tengo de hacer un sofá
Para que se siente en él
El Capitan general.

De las patillas de un neo
Tengo de hacer una escoba
Para barrer los cuarteles
De la milicia española.

Con las bombas que tiran
Los fanfarrones
Hacen las gaditanas
Tirabuzones.

Viva Cádiz porque tiene
Las murallas hácia el mar
Y los cañones mirando
Al peñon de Gibraltar.

Los carlistas en el monte
Van diciendo ¡viva Dios!
Vamos robando y matando,
Que esta es nuestra religion.

El mandamiento carlista
Que ha salido en la faccion,
El que lo quisiera oír
Ponga un rato de atencion.

El primero amar á Dios,
Que es sobre todas las cosas,
A Don Cárlos de Borbon
Y á Margarita su esposa.

Sin amor á la patria, ni lastimaria aún la pérdida de Gibraltar, ni el bombardeo de los franceses y el indómito valor de los moros produciria otra cosa que dolor y espanto en vez de desprecio. ¿Puede, sin embargo, negarse que de las siete coplas anteriormente citadas, tres aluden á hechos históricos conocidos, como el bombardeo

de los franceses, la guerra de Africa y la batalla de Gibraltar? ¿Puede dudarse que la copla que dice

Los zapatos tengo rotos
De subir á la azotea,
Por ver si veo pasar
Al valiente Salvochea;

y

Por la puerta e la Carne
No se puede pasar,
Que está allí Mingorance,
Carreró y Pierrad,

aluden á hechos ocurridos durante el movimiento cantonal, y son positivamente una página de nuestra historia contemporánea? ¿Podrá censurarse á nadie que clasifique estas coplas entre las históricas? En modo alguno. Nuestra historia toda, como dice elocuentemente el Sr. Costa en su libro *Poesía popular*, proyecta su sombra sobre nuestros cancioneros. Esto no obstante, un afecto, un sentimiento, es lo que da siempre vida á estas coplas efímeras, como el mismo Sr. Costa observa con profunda razon, y este cancionero y los anteriores confirman. Esta efiméridad, sin embargo, confirma á nuestro juicio la verdadera intuición del sabio profesor de la Institución Libre, y la observación, en nuestro sentir de inmensa trascendencia, del ilustre mitógrafo italiano, de que las coplas que se llaman históricas son siempre contemporáneas del suceso que cantan, no quedando despues de éste más que *reminiscencias* y *recuerdos*, que tambien en las coplas se conservan. Estos recuerdos, como todo el caudal de conocimientos, tanto de hechos ó fenómenos, como de leyes físicas ó sociológicas ó morales, integran despues, no sólo las coplas, sino todo género de producciones populares. Las dos coplas amorosas, á que antes nos referimos y que dicen:

La reina Doña Isabel
Puso sus tiros en Baza,
Y yo los he puesto en tí
Porque me has caído en gracia.

A tus ojos le llaman
Sierra-Bullones,
Que pelean por ellos
Los españoles.
Y con sus rayos
Iluminan y alumbran
Hasta el Serrallo,

son dos alusiones evidentes á la guerra de Africa y á la toma de Granada por Doña Isabel I: coplas que, en tanto que lo que guardan son ya reminiscencias ó recuerdos, pueden no ser, como de hecho no lo son, contemporáneas del suceso, sino más ó ménos posteriores. Lo efímero de los sentimientos y de los hechos que las promueven, justifica que las coplas llamadas históricas, sean, relativamente á las de otras secciones, pocas, y no deban llamarse en puridad de verdad realmente tales, sino es para ir fijando la atención distraída de los hombres literatos y científicos, respecto á la inmensa importancia de coleccionar estas producciones, en las que tambien queda algo, *la sombra de la historia nacional*: que no hay hecho, no ya de grande, sino de escasa importancia, que no produzca coplas de ese género de cancionillas efímeras, en que el pueblo va apuntando hasta los acontecimientos y hechos al parecer más fútiles de su vida, no de otro modo que, dentro del hogar, forman época las ocurrencias del niño, las calaveradas del jóven, el novio que pasea la calle á la doncella, y tantas y tantas otras bagatelas que forman el conjunto de la vida. Así, por ejemplo, hoy es imposible dar una vuelta por Sevilla sin oír cantar á cada paso por calles y plazuelas, y en los salones de baile y

música populares, el tango nada edificador de los *corrucos*, especie de almendrados de cierta forma y confeccion especial, que están produciendo una verdadera epidemia literaria. Un hecho criminal que reviste ciertas condiciones, un invento por fútil que sea, la introduccion de un adelanto cualquiera que cambie ó altere en lo más mínimo el modo de ser ordinario y habitual y las costumbres ordinarias de un pueblo, producen una série de coplas, músicas y canciones que hacen de las colecciones en que se contienen archivos, no ménos interesantes para conocer la vida íntima de una localidad, que la prensa periódica. Estas canciones, que son, por decirlo así, las verdaderas gacetillas de cada poblacion, son mucho más interesantes, en mi sentir, para conocer la historia del pueblo, que esas otras llamadas históricas, en que se conservan los recuerdos y reminiscencias de hechos memorables, como la guerra de la Independencia, la civil, la de Africa, etc. Para estos otros hechos hay otra fuente de consulta mucho más interesante para el historiador: me refiero á nuestros romances; en ellos, que no en las coplas, pregones, ocurrencias y demás composiciones, por lo breves más fugitivas y ménos duraderas, está, no lo que yo llamaria historia, sino la narracion de los hechos de verdadera importancia nacional. Los romances, tradiciones y leyendas, merecen, con mucha más razon que las coplas, el título de históricos; en ellos se encuentra, no la epopeya española, sino los elementos de ella, si es cierto, como creo, que la epopeya no se forma por adición, sino por integracion, creencia que amplió, acaso equivocadamente, á todo género de producciones populares, difiriendo en esto de la teoría dignísima de estudio, del ilustrado profesor de la Institución Libre, para quien la copla es como un desdoblamiento del refran. Es esta cuestion harto delicada para tratarla de paso, y no

tengo conocimientos bastantes para contradecirla con rigor científico; pero creo, y bajo el sólo concepto de opinion, me atrevo á aventurar esta afirmacion, que no hay documentos históricos bastantes para refutar aquella opinion como cierta. La copla es para mí, y me refiero á la romanceada octosílaba, posterior al romance en la historia de nuestra literatura, y en la que considero como génesis interna de la poesía. Porque si bien es cierto que á primera vista parece más sencillo que se hayan hecho dos versos octosílabos asonantados (el refran), luego cuatro (la copla), y luego un número indeterminado (el romance), en cuyo caso el refran sería como la sílaba, la copla como la palabra y el romance como la frase, por ejemplo, no resulta esto tan verdad cuando se mira al contenido que en el refran es una máxima, por lo general, en la copla la expresion de un afecto, y en el romance la narracion de un hecho. Creo, por el contrario, que si bien un conocimiento, como un sentimiento, pueden entrar como elementos integrantes de composicion más compleja que aquellas en que primero se expresen, habiendo en este sentido coplas *refranescas*, cuentos *refranescos*, piropos *refranescos*, etc., la produccion espontánea de la copla revela que el romance ha vivido mucho tiempo en el país para poder producirse despues espontáneamente esas bellísimas composiciones romanceadas de carácter sintético, en que ya el fondo y la forma, el asunto y el molde en que se vacía, se hallan tan indisolublemente unidos, que hay una conjuncion perfecta entre ellas, hasta el punto de ser poco ménos que imposible el ripio, casi extraordinario en las coplas realmente populares, frecuente, en cambio, en nuestros mejores romances, tanto de ciegos como de ingenios cultos y áun nacionales. En los mejores romances de Lope, Góngora y Calderon se encuentran ripios; en las peores coplas, realmente po-

pulares, es casi imposible el encontrarlos. ¿Pero hay coplas realmente populares? ¿Pueden éstas distinguirse de las que los eruditos hacen á imitacion de aquéllas y á usanza del pueblo? Pues qué, dentro de este mismo Cancionero, ¿no habrá coplas, con ser tan verdaderamente perspicaz, prolijo y escrupuloso mi querido amigo el señor Marín, que se estén sonriendo de verse al lado de otras de innegable procedencia popular? Las hay, sin duda: mi amigo lo sabe como yo, aunque yo como él no podria en un momento dado discernir, no el oro fino del metal, que oro fino son todas las coplas buenas procedan de quien procedan, sino la moneda hecha en el verdadero cuño y la troquelada en el cuño del falsificador, esto es: del artista que supo, sin serlo ó acaso siéndolo sin saberlo, colocarse en aquel estado en que la mente produce creaciones verdaderamente populares. Para decir sobre este punto cosa que pueda considerarse de alguna sustancia, que poca ha de tener siendo mia, y no teniendo de andaluz otro distintivo que el de la pereza, que embarga y envuelve todas mis facultades y potencias, debo decir aquí algo, aunque poco, de lo que entiendo por pueblo, tentacion en que ya incurri en el año de 68, en que, más que por conocimiento, por el amor que ella me inspiró, fui fervoroso creyente en la doctrina verdaderamente redentora, con relacion al empobrecimiento de ciencia y de ideales en que se encontraba por entonces el pensamiento español, que introdujo en España el venerable, el virtuoso, el nunca bastante llorado filósofo español don Julian Sanz del Rio. Digo que por entonces incurri en idéntica tentacion que hoy, diciendo que el pueblo era *la humanidad niña*, espontánea, franca, ruda, inartificiosa, dominada por el sentimiento, conservadora por el hábito, artista por el exceso de fantasía y sin otra luz para regirse y gobernarse en todas las acciones de su

vida, que la razon natural y esos profundos conocimientos de gramática parda, gramática de gramáticas, que enseñan la experiencia y el tiempo, madre de verdades y fuente de ocasiones. Hoy disto muy poco de aquellas ideas, que casi me atreveria á afirmar de nuevo como verdaderas, si no disintiera de ellas en una diferencia que, aunque al parecer pequeñísima é inapreciable, como son todas las cosas en su germen, va agrandándose luego hasta modificar notablemente y casi cambiar por completo la que pudiéramos considerar como primera doctrina.

Para mí hoy el pueblo como la humanidad no existen; existen *hombres*, en grados distintos de desenvolvimiento y de cultura, en períodos distintos de vida con relacion á la vida total de los hombres, hasta el último límite alcanzado en perpetua integracion, llamando pueblo no á un ser impersonal y fantástico, á una especie de entelechia de que son órganos ciertos hombres á quienes por esta razon llamamos *del pueblo*, sino al grado medio que resulta de la cultura de un número indeterminado de hombres anónimos, es decir, que no han tenido la energía orgánica bastante para diferenciarse de los otros lo suficiente para tener una personalidad distinta y propia, razon que les obliga á aceptar y adoptar como suyo, completamente suyo, lo producido por otros. Á esta, que no puedo llamar suma de hombres, aunque realmente lo sea, por hallarse sometida á una continua adiccion y sustraccion que la más primorosa de las estadísticas no acertaria á registrar, llamo *Pueblo*, tomando por punto de partida, á falta de otro mejor, la que podia llamarse resultante de este paralelogramo de fuerzas. No es, pues, el pueblo una personalidad mayor en la humanidad, anterior al número de hombres que rellenan, por decirlo así, esta unidad, personalidad á la cual, para que nada le falte, se la quiere ahora suponer hasta con una *mano negra*, invisible y oculta, con que castiga y

venga los ultrajes á ella inferidos. El pueblo es para nosotros la série de hombres que, por las condiciones especiales de su vida, se diferencian entre sí lo ménos posible, y tienen el mayor número de notas comunes; el pueblo lo constituyen esa série de hombres de escasa cultura literaria y científica que visten de blusa ó de chaqueta, se ocupan en ejercicios especialmente manuales, invierten su vida en tareas en su mayor parte mecánicas y con las que atienden á las necesidades de su vida; série de hombres que por gastar la mayor parte de su energía en esos trabajos y no disponer del exceso de actividad con que cuenta el hombre que tiene satisfechas sus primeras necesidades, comunica sus afectos y pensamientos dentro de una esfera de acción más reducida, que viene á modificar ménos sensiblemente su progreso mental y á tenerle más cerca del estado primitivo del ingenio humano. No constituye, en efecto, por sí sola la chaqueta ó levita una diferencia de clase; pero es innegable, que á no dar como ciertos, sofismas tan peregrinos como el usado para demostrar que es calvo el individuo á quien se le cae un cabello, los hombres del pueblo visten ordinariamente de chaqueta ó blusa, son pobres y consumen su energía en trabajos principalmente físicos, y tienen, por la escasez de su cultura, horizontes ménos amplios en que desenvolverse que los hombres ya más adelantados. Estas condiciones de vida y de medio ambiente dan á los hombres del pueblo condiciones mentales distintas, aunque no fundamentalmente, de los demás hombres. En ellos predomina el sentimiento y la fantasía, siendo en este sentido más poetas que los hombres cultos y eruditos, por estar más cerca de la niñez que los hombres reflexivos. Dentro de la vida del individuo observamos que en cada edad predomina más especialmente [tal] ó cual función anímica, mejor fuera quizá decir tal ó cual centro nervioso; el

niño vive los primeros años de su vida para comer, las funciones de nutrición dominan en él y casi absorben á las otras funciones; sólo cuando el individuo, mediante el ejercicio de aquéllas, se ha formado, es cuando cambia de ser el modo de su actividad y tiende á relacionarse con los otros seres y á propagarse luego perpetuando, por medio de la herencia, las conquistas alcanzadas que tuvieron tan modestos principios; y esto, que es verdad en el individuo, lo es también en ese complejo que resulta de la afirmación positiva de todos y cada uno de los hombres, en continua relación unos con otros, que se llama humanidad, y dentro de ella se subdistingue en humanidad *niña* y humanidad *adulta*. Á la humanidad, así entendida, en su período de niñez, lo cual no denota inferioridad en el sentido desdeñoso que se da á esta palabra, sino en el suyo propio, llamo *pueblo*: pueblo que vale tanto como el niño con relación al hombre, y al cual es aplicable la profundísima copla que dice:

De un niño se espera un hombre
Y de un hombre un niño no.

Considerado como clase el conjunto de hombres á que llamamos pueblo, tiene notas propias que lo diferencian de esa otra clase de hombres eruditos, literatos y científicos. Como poetas, los hombres del pueblo cantan sus afectos, sus deseos y sus aspiraciones, mostrando lo que llama con razón un ilustre mitógrafo italiano *l'anima non sofisticata dal vero*, esto es: la naturaleza humana más cerca de su origen, con ménos velos, con diafanidad mayor, como espejo más claro del medio circundante, fielmente retratado en estas ingénitas producciones.

La poesía de los hombres del pueblo expresa siempre una relación más directa entre el objeto sentido y el sujeto que siente, que la poesía reflexiva, en que el que

canta es ménos esclavo de las circunstancias exteriores y del impulso que lo solicita: el hombre del pueblo canta siempre sin mira interesada, sin fin preconcebido, sin otro estímulo que el de su sentimiento; los símiles que emplea, las metáforas de que se vale, los pensamientos que integra en sus producciones forman, por decirlo así, el tuétano, la médula de su propia vida. Si es herrero, ó vive en contacto con gente de esta condicion, os dirá en sus cantares:

Fragua, yunque y martiyo
Rompen los metales.

Si es andaluz, y trata de enaltecer la belleza de tal ó cual color, os dirá:

Moreno pintan á Cristo,
Morena á la Magdalena.

Si es pastor ó vive en el campo y os quiere ponderar la gracia y la sazón de los ojos de su amada, os dirá:

Los ojos de mi amadora
Ni son chicos ni son grandes,
Son como las aceitunas
Cuando del olivo caen.

Para indicaros el ruido que produce una nube de langostas, os dirá:

«Como el ruido que produce una manada de cerdos al pasar por un rastrojo.»

Si os quiere mal, cantará:

Mala puñalá te peguen
Que te parta los reñíos.

Si requiebra á su morena y se halla poseido, por ella, de ese sentimiento de religiosidad que el pueblo andaluz

une casi siempre á la devoción de ciertas imágenes, pro-rumpirá así:

«¡Olé! ¡La Virgen del Cármen! etc., etc.»

Los hombres del pueblo no saben leer, por desdicha, en su gran mayoría, y si leen es sólo el español; en su lenguaje son mucho más frecuentes los vocablos y locuciones castizas que en el de los eruditos, que admiran en inglés los dramas de Shakspeare, comunican en alemán con el autor del Fausto, y echan su cuarto á espaldas con Homero y Virgilio en griego y en latín. En el estilo, por tanto, en los vocablos empleados, en los modismos, en los giros y locuciones, en las construcciones sintáxicas, en los elementos ideales y conocimientos que integran las producciones del pueblo, se distinguen éstas de las hechas por autores eruditos: esto no obstante, la poesía erudita, culta, y la popular, desenvuélvense paralelamente en la historia, y ejercen una sobre otra respectiva influencia, como respectiva influencia ejerce la natural y necesaria comunicacion de los hombres eruditos y los del pueblo, de los niños y de los adolescentes, de los adultos y de los viejos, eslabones todos de una inmensa cadena, que, comenzando en el hombre salvaje, concluye en hombres ya tan civilizados como Spencer y Göthe, como Víctor Hugo y Darwin.

Dicho que el pueblo no es para nosotros una entelechia, ni una personalidad abstracta, claro es que toda poesía es siempre *individual*; que hay hombres poetas y hombres que no lo son, entendiéndose por poeta el que goza de un organismo apropiado para traducir en palabras rítmicas y bellas sus sentimientos y deseos, dando cabida en sus producciones á una série de materiales no elaborados por él más que en una parte alicuota y pequeñísima, hasta tal punto, que más bien puede conside-